

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



8

2007

[Monográfico]

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



CONSEJO DE REDACCIÓN - EDITORIAL COMMITTEE - CONSEIL DE LECTURE

En orden alfabético - In alphabetical order - Par ordre alphabétique

Prof. Dr. Gonzalo BRAVO (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Antonio CABALLOS (Universidad de Sevilla) — Prof. Dr. José Joaquín CAEROLS PÉREZ (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. José d'ENCARNAÇÃO (Universidade de Coimbra) — Prof. Dr. Joaquín GÓMEZ-PANTOJA (Universidad de Alcalá) — Prof. Dr. Cristóbal GONZÁLEZ ROMÁN (Universidad de Granada) — Prof. Dr. Enrique GOZALBES CRAVIOTO (Universidad de Castilla-La Mancha; Cuenca) — Prof^a. Dr^a. Christine HAMDOUNE (Université de Montpellier) — Prof. Dr. Yann LE BOHEC (Paris, Sorbonne IV) — Prof. Dr. Patrick LE ROUX (Université Paris XIII) — Prof. Dr. Jerzy LINDERSKI (Dept. of Classics, University of North Carolina, Chapel Hill) — Prof. Dr. Julio MANGAS (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Ángel MORILLO (Universidad de León) — Prof. Dr. José Manuel ROLDÁN (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Narciso SANTOS YANGUAS (Universidad de Oviedo)

CONSULTORES DE ARQUEOLOGÍA MILITAR:

Prof. Dr. Cesáreo PÉREZ (Universidad SEK, Segovia) — Prof. Emilio ILLARREGUI (Universidad SEK, Segovia)

CONSULTOR DE ARMAMENTO:

Prof. Dr. Fernando QUESADA (Universidad Autónoma de Madrid)

CONSULTOR DE ARTE MILITAR ANTIGUO:

Prof. Dr. J. Jacobo STORCH (Universidad Complutense de Madrid)

DIRIGE: Prof. Dr. Sabino PEREA YÉBENES (Universidad de Murcia)



© SIGNIFER LIBROS
Apdo. 52005 - MADRID (ESPAÑA - SPAIN)
ISSN: 1578-1518
Dep.Legal: BA-360-01 (n^os 1-6) / S-1646-06 (n^os 7 ss.)
mail: signiferlibros@jazzfree.com sperea@um.es
web: <http://signiferlibros.com> <http://aquila-legionis.com>

Madrid (España - Spain - Espagne -Spagna)

Fernando Quesada Sanz

Estandartes militares en el mundo antiguo

Madrid 2007

Signifer Libros

Para Nuria, que lo ha sufrido con paciencia

ÍNDICE GENERAL

Introducción	7
I. Historia de un valor añadido: de objetos funcionales a referentes simbólicos	11
II. La necesidad táctica de las señales visuales y auditivas desde la Antigüedad	17
III. Tipos de estandartes militares	23
IV. Los primeros estandartes militares: de la Edad del Bronce a las Guerras Púnicas	25
Egipto	25
Grecia arcaica y clásica	27
El imperio persa aqueménida	28
Alejandro y los reinos helenísticos	29
Los estandartes de Cartago	31
Enseñas de los bárbaros de Occidente	32
V. El origen de los estandartes romanos	35
VI. El águila, espíritu de la legión, y las enseñas, objetos de veneración	39
Plinio y las enseñas de la legión	39
Las enseñas en el campamento y en las capillas	42
Las águilas y sus custodios	44
El águila como símbolo religioso	52
Águilas, prodigios y festivales religiosos	56
Águilas y enseñas perdidas y recuperadas... o mancilladas	59
VII. Otras enseñas militares romanas	65
<i>Signa</i>	65
<i>Vexilla</i>	71
<i>Imagines</i>	76
<i>Signa</i> pretorianos	80
Insignias de animales y símbolos zodiacales	84
<i>Vexilla equitum</i>	86
Águilas, enseñas y religiosidad militar	88
VIII. Las enseñas romanas en el campo de batalla	91
IX. Estandartes romanos tardíos	101
<i>Labarum</i>	104
BIBLIOGRAFÍA	
Abreviaturas	109
Fuentes literarias	109
Internet	110
Trabajos modernos	110

III. Tipos de estandartes militares

En los campos de batalla, desde la Antigüedad y hasta mediado el s. XIX, convivieron tres tipos diferentes de enseñas. Las más numerosas son las insignias tácticas, propias de las pequeñas unidades. Pero existen también insignias propias de unidades de gran tamaño, que suelen tener un valor simbólico mayor, y que simbolizan, bien el espíritu de la unidad, bien un credo religioso –una Cruz o un estandarte papal cristiano. Suelen proceder de una de las enseñas tácticas que adquiere preeminencia. Es el caso por ejemplo del águila de la legión romana, única para cada gran unidad, asociada a Júpiter, a la Legión, y a la propia Roma.

En tercer lugar, en casi todos los ejércitos antiguos, medievales y modernos existían estandartes personales, heráldicos, que identificaban al rey en el campo de batalla –caso del estandarte real persa descrito por Jenofonte (*Anábasis* 1,10,12) que confirma ampliamente la iconografía- e incluso a los nobles principales. En la descomposición del concepto de Estado subsiguiente al colapso del Imperio Romano de Occidente estas enseñas personales serían las únicas que realmente sobrevivirían,²² cediendo eventualmente la primacía y luego la exclusividad a los estandartes reales, que a su vez se fueron poco a poco identificando con el símbolo de los Estados que se iban reconstruyendo, llegando finalmente a su transformación en, o su sustitución por, las banderas nacionales.²³

Pero los estandartes personales reaparecieron en el campo de batalla en fechas muy tardías por razones puramente prácticas. Es el caso de la Guerra de Secesión americana, donde había banderas que identificaban desde lejos a los generales jefes de Cuerpo, como ayuda visual para los *ADCs* (ayudas de campo) que recorrían el campo de batalla con despachos y órdenes. Los símbolos de estas banderas eran puramente arbitrarios, como la esfera del I Cuerpo, el trébol del II o el rombo del III, todas adoptadas por orden del 21 de Marzo de 1863.²⁴

²² Mucho más adelante en el tiempo, es el caso de la Bandera Coronela del Tercio –que era la de la compañía que mandaba el comandante del mismo, por tanto principal de entre las doce o trece que el Tercio llevaba al combate-; y finalmente de la enseña real -y luego nacional- que acaba sustituyendo en España a la Coronela desde Felipe V. En algunos ejércitos, como el británico, todavía hoy se mantiene la dualidad primitiva y se conserva la bandera del Rey (identificada con la enseña nacional) y la regimental (ver Holmes 2004:46).

²³ O'Donnell (2000).

²⁴ Katcher, Scollins (2000). Los banderines que identifican el rango en los coches oficiales modernos, y los gallardetes navales que identifican buques insignia son últimos restos de este tipo de estandarte, originalmente de valor también práctico.

Aunque es un caso crepuscular, ejemplifica claramente la necesidad que a lo largo de toda la guerra con arma blanca y pólvora negra había existido de las enseñas personales.

En síntesis, los estandartes militares eran, en la marcha, en el campamento y sobre todo en la batalla, elementos visibles utilizados para localizar con facilidad la ubicación de la unidad, y para recibir instrucciones y órdenes. A partir de ahí se convirtieron de manera casi natural en puntos de referencia también psicológicos, un tipo de seguridad que el soldado en campaña ha necesitado, aunque no lo reconozca explícitamente, a lo largo de toda la historia. En consecuencia, la integridad del estandarte equivalía en batalla a la prueba tangible de que la unidad seguía existiendo, de que el soldado o guerrero seguía contando con un punto de referencia. El estandarte se convertía así en la encarnación tangible de la solidez intangible, moral, del conjunto de hombres que combatía a su alrededor. De ahí a que los soldados, siempre supersticiosos, llegaran a considerar las insignias como encarnación del espíritu de la unidad, con valor incluso religioso, hay un paso que se dio, por ejemplo, en Roma. En este último caso, la aparición del culto imperial impulsó la aparición de nuevas insignias, en especial la *imago* del emperador, que eran en sí mismas objetos sacros, así como la adición de imágenes del emperador reinante -de quita y pon- en los estandartes de las cohortes pretorianas, la Guardia Imperial. También en Roma, el águila de las legiones acabó encarnando no solo el *numen* de la unidad sino, en cierto modo, el espíritu de la propia Roma.

En tales condiciones, la necesidad de conservar y proteger las insignias pasa de ser un requisito deseable en la batalla a convertirse en un imperativo moral, que afecta a no sólo la autoestima de todos y cada uno de los miembros de la unidad -no sólo del portaestandarte-, sino a la misma esencia de la unidad, algo intangible pero perfectamente real para el soldado. La pérdida de las enseñas equivale a la del espíritu de la unidad, a la destrucción de su moral; si es deshonrosa, o incluso si no lo es, esta pérdida puede incluso acarrear la disolución de un conjunto de hombres que han perdido la fibra moral que les mantenía unidos. Por consiguiente, y aplicando la inversa, se convierte en objetivo importante en sí mismo la captura de las enseñas del enemigo, y en particular de las más importantes (no las enseñas tácticas menores), esto es, las heráldicas del monarca enemigo, las enseñas nacionales cuando existen, y las que son propias y únicas de cada gran unidad, como el águila legionaria. Eventualmente la captura de estas enseñas puede causar una severa desmoralización en el enemigo e incluso su colapso y desbandada... aunque también puede provocar el efecto contrario, una agresiva y desesperada carga para recuperar el objeto -y el honor- perdidos. De todo esto veremos ejemplos.

IV.

Los primeros estandartes militares: de la Edad del Bronce a las Guerras Púnicas

Egipto

Ya en el antiguo Egipto existieron enseñas militares diferentes para distintas unidades. Aunque aparecen estandartes ya en el Reino Antiguo, e incluso en la cerámica prehistórica de Nagada, no es hasta el Reino Nuevo, a partir del 1540 a.C. cuando numerosas inscripciones demuestran la existencia de un tipo de oficial portaestandarte, el *ta seryt*, asociado normalmente a un tipo de unidad que A. Schulman considera una ‘compañía’ o ‘regimiento’ (*sa*) de hasta 250 hombres, quizá la unidad mínima con enseña propia.²⁵ Los estandartes primitivos a menudo muestran animales, con seguridad de origen totémico prehistórico. Un curioso texto de Diodoro de Sicilia trata de explicar las razones por las que los egipcios, para desconcierto de griegos, veneraban a los animales, los momificaban y evitaban matarlos. Y esto es lo que dice Diodoro que los egipcios le contaron: “*Y dicen como segunda causa que los de Egipto, que antiguamente resultaban vencidos en muchas batallas por sus vecinos a causa del desorden del ejército, idearon llevar un signo delante de las formaciones. Afirman, pues, que los jefes, después de construir las imágenes de los animales que ahora honran y de fijarlas sobre varas, las sostuvieron y, de esa manera, cada uno conocía de qué formación era; y, como contribuyera grandemente a la victoria la buena formación conseguida mediante éstos, creyeron que los animales habían sido los causantes de la salvación; y los hombres, para darles las gracias, dispusieron, pues, como hábito, no matar nunca ninguno de los entonces representados, sino asignarles el cuidado y honra antes citados, venerándolos*”. (Diod. Sic. 1,86,4-5, trad. F. Parreu).

Nos encontramos ante una típicamente helena actitud de explicación *post facto*, que casi con seguridad invierte el orden los factores asegurando que en origen los animales eran simplemente imágenes que vinieron a ser adoradas porque proporcionaron la victoria a los egipcios; probablemente en las nieblas de la Protohistoria las cosas sucedieron en orden inverso. Pero al menos el texto es muy significativo de cómo un hombre culto en el Mediterráneo antiguo entendía la función de las insignias y la necesidad de mantener formaciones ordenadas, y no turbas armadas, en el campo de batalla.

²⁵ Sobre la figura del portaestandarte, ver Schulman (1964, pp. 69 ss.). Recuerda este autor que además de la plausible –pero no segura– función de llevar el estandarte en batalla, el *taseryt* parece haber sido comandante de tropas, responsable de reclutamiento e incluso con funciones judiciales. Era pues un oficial de rango medio.

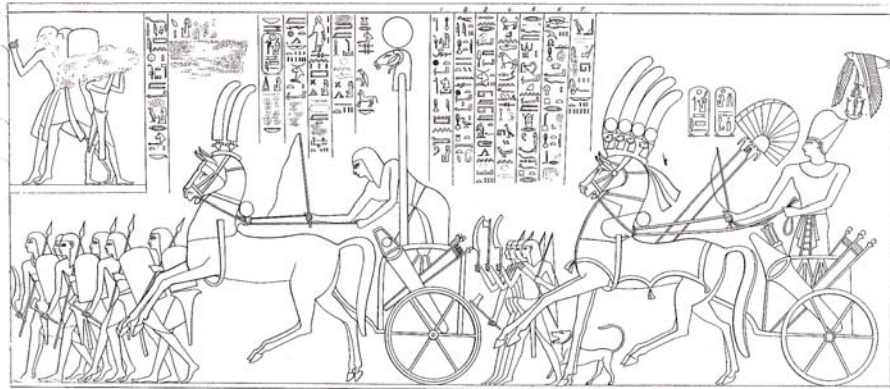


Figura 4. Relieve egipcio de época de Ramsés III. El ejército marcha en campaña. Delante del carro del faraón, otro carro lleva el estandarte del cuerpo de ejército de Amón: la cabeza de carnero. Templo funerario de Medinet Habu.

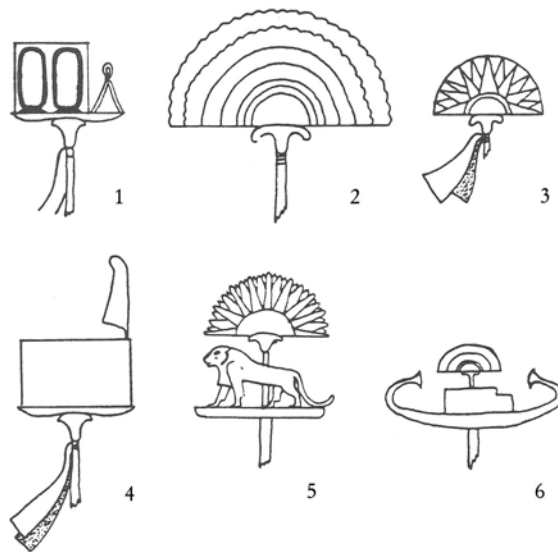


Figura 5. Estandartes militares egipcios del Reino Nuevo. El número 1, tomado de una tumba de Amarna, lleva dos cartuchos con los nombres de Aten y el signo jeroglífico para 'sa' (unidad militar traducida por 'compañía' o 'regimiento' (signo V17 de la clasificación de A. Gardiner).

El número 2 aparece asociado al rey. El 3 es el más frecuente. El 6 pertenece probablemente a una dotación de marina o de 'infantería de marina' del estilo de las tropas mandadas por Ahmose, hijo de Ebana según su autobiografía de su tumba de El Kab. (Calcos de N. Stillman y N. Tallis, 1984)

En el Reino Nuevo, además de estandartes en forma de animales (leones, aves) abundan las representaciones de enseñas en forma de abanico semicircular (es el más común, su forma es la empleada para el signo determinativo jeroglífico para ‘estandarte’), decorados con *corbatas* o tiras de tela.²⁶ También existían estandartes para cada uno de los cuerpos de ejército (de dos a cuatro según la época); el estandarte del cuerpo de ejército colocado bajo a protección de Amón era, predeciblemente, una cabeza de carnero coronada por un disco solar sobre un astil, y se llevaba en carro.

Grecia arcaica y clásica

Es significativo que el mundo griego de época arcaica y clásica no empleara, hasta donde sabemos, enseñas militares, probablemente porque no eran necesarias dado el reducido tamaño de los ejércitos y la simplicidad de las tácticas de la falange hoplita, basadas en el choque frontal sin apenas intervención efectiva de infantería ligera o caballería, al menos una vez trabada la batalla principal. Ni siquiera Esparta, que contaba con el ejército más profesionalizado de Grecia, parece haberlas empleado.²⁷



Figura 6. Casco corintio arcaico, probablemente del s. VII a.C., hallado en el río Guadalete (Cádiz). La limitada visión y audición de este modelo de casco, diseñado para una lucha frontal cuerpo a cuerpo dentro de la formación de la falange, limitaría severamente la posibilidad de ver u oír señales una vez entablada la batalla. Museo de Jerez de la Frontera (Cádiz).

²⁶ La obra de referencia sobre estandartes militares egipcios sigue siendo Faulkner (1941). Ver además Stillman, Tallis (1984:108-110). Decepcionante en su brevedad McDermott (2004: 117), Partridge (2002:91-92); Martínez Babón (2003:131).

²⁷ Anderson (1970:82-83)

Cuando surgía la necesidad –por ejemplo si había que coordinar la actuación de unidades separadas–, se usaron estandartes de circunstancias para actuar como señales, caso de un casco alzado sobre una lanza (Polieno 2, 5,2) o una bandera roja o blanca (Polibio 2,66,11; Plutarco, *Filopemen* 6).²⁸

El imperio persa aqueménida

Sin embargo, los griegos sabían del uso regular de estandartes por los persas; Jenofonte menciona el estandarte real aqueménida (un disco alado) en la batalla de Cunaxa (*Anábasis* 1,10-12), y la cerámica griega de Figuras Rojas a menudo muestra tropas persas con enseñas, como una curiosa placa cuadrada dividida por un aspa en cuatro triángulos, que sin duda no es un estandarte real o nobiliario. En cambio, Jenofonte manifiesta conocer personalmente el estandarte personal del Gran Rey, ya mencionado: “Aquí se detuvieron los griegos [...] Decían ver la enseña real: una especie de águila de oro, con las alas desplegadas, en la punta de una lanza” (Jenofonte, *Anábasis* 110,12, trad. R. Bach). La descripción, aparte de por la propia iconografía persa, es confirmada por Filóstrato *el Viejo*: “Aquí están los Medos y el centro de Babilonia, y la insignia real, el águila dorada sobre el escudo [pelta]” (*Imágenes, Themistoc.* 2,31)²⁹. Probablemente Filóstrato (fl. s III d.C.) confunde en la distancia el disco solar con la imagen de un escudo ‘pelta’.

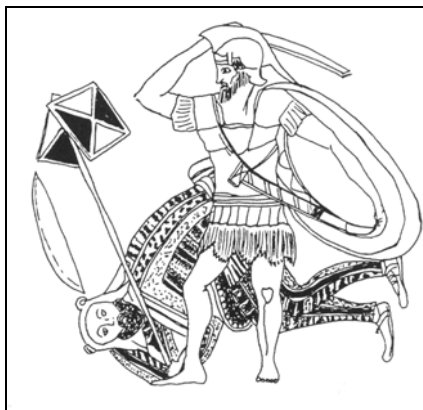


Figura 7. Detalle del medallón central de una copa ática de Figuras Rojas del pintor Duris, hacia el 490-480 a.C., poco después de la batalla de Maratón. Un hoplita griego derriba a un portaestandarte persa. Museo del Louvre (según D. Head).

²⁸ Sobre señales ver entre otros Lazenby (2004). Para el mundo romano, Woolliscroft (2004). pero se trata de otro tema completamente diferente al de las enseñas, aunque se usaran banderas.

²⁹ Trad. del inglés, D. Fairbanks, Loeb Class. Library.

En su *Ciropedia* el mismo Jenofonte parece haber reflexionado sobre la utilidad de las insignias, sobre todo para alinear la formación en el avance, servir de referencia para reagrupar las tropas y como indicación de la posición del mando: “*El estandarte tenía un águila de oro con las alas desplegadas sobre una larga lanza –todavía en la actualidad este estandarte del rey de Persia se conserva*” (Jenofonte *Ciropedia* 7,1,4); “*El portador de equipo del taxiarco [sic] iba en primera posición portando un estandarte conocido por todos los componentes de su compañía, de suerte que marchaban en un orden compacto*” (Jenofonte, *Ciropedia* 6,3,4, trad. A. Vegas) Así, más adelante, su novela presenta estandartes plantados en todas las tiendas de los oficiales para facilitar su localización (*Ciropedia* 8,5,13): “*Todos los comandantes tenían enseñas en sus tiendas... los ayudantes de campo de Ciro conocían las posiciones dentro del campamento de los comandantes y sabían la enseña de cada uno...*”.



Figura 8. Impronta de un sello persa aqueménida en calcedonia con la imagen del rey cazador. Sobre él, el símbolo real que coincide con las descripciones de Jenofonte y debía ser muy similar al estandarte de guerra del Gran Rey.

Alejandro y los reinos helenísticos

Durante mucho tiempo se ha sostenido que tampoco los ejércitos macedónicos de Alejandro y de los reinos helenísticos emplearon estandartes (*semeia*), pese a que el manual de *Táctica* de Asclepiodoto los menciona expresamente (2,9) y también Eliano (*Taktike theoria* 9.4) y Arriano (*Táctica*, 2.9). Así por ejemplo Eliano escribe: “*Dos taxeis se agrupan en un syntagma, 16 lochoi, 256 hombres y el comandante de esta unidad se llama syntagmatarca... y a cada syntagma de 256 hombres pertenecen cinco supernumerarios: un portaestandarte, un cierra-fila, un trompeta, un ayuda de campo y un heraldo*”. Ciertamente que Asclepiodoto es una fuente relativamente tardía (s. I a.C.), lo mismo que Claudio Eliano (principios del s. II d.C., c. 106-113 d.C.) y Arriano (c. 136 d.C.), y que unos autores beben de otros, pero la fuente original quizá se remonta nada menos que a Polibio, autor sin duda

fiable.³⁰ J.K. Anderson por ejemplo creyó que los escritores griegos propusieron de manera teórica para los ejércitos helenísticos una práctica real de los romanos.³¹ Sin embargo, trabajos recientes³² vienen a insistir en que algunos textos -aparte de los tácticos tardíos citados- mencionan estandartes, y no sólo personales del rey como quería Reinach.³³ Es el caso de una referencia explícita de Arriano al estandarte de una unidad de los *Compañeros*, diseñado por Hefestión: “*Alejandro nunca nombró a ningún otro quiliarco en sustitución de Hefestión al mando de la caballería de los Compañeros, a fin de que el nombre de Hefestión se conservara siempre en su batallón; la quiliarquía se llamó ‘de Hefestión’ y el estandarte que la precedía en la marcha era el diseñado por Hefestión*” (Arriano, *Anab.* 7,14,10, trad. A. Guzmán). Hay además alguna evidencia iconográfica que indica que, probablemente por influencia persa, los ejércitos de los reinos helenísticos emplearon no sólo señales fijas sobre postes en los campamentos (empleadas desde mucho antes), sino estandartes de unidad rígidos al modo de los aqueménidas (como la representada en una placa de bronce incisa de Pérgamo)³⁴ o similares a los *vexilla* romanos, que quizá tuvieran directa influencia helenística. De hecho, Livio menciona constantemente estandartes capturados, incluso criticando a Valerio Antias por exagerar en sus obras el número de las capturas: “*De creer a Valerio, que aumenta todas las cifras de manera exagerada, aquel día... [en Cinoscéfalos, 197 a.C.] se capturaron doscientas cuarenta y nueve enseñas militares*” (Livio 33,10,8). Pero otras cifras, como las 27 enseñas capturadas en Falana (171 a.C.) (Livio 42,66,10) son perfectamente verosímiles. También Orosio, aunque por supuesto es peor fuente por su distancia en el tiempo, afirma que Pirro de Epiro perdió 53 insignias ante los romanos en *Asculum* (Orosio, *Adv. Pag.* 4,1,22), aunque no sin coste para éstos.³⁵

Más problemática es la que probablemente sea la más espectacular representación helenística de un estandarte. Nos referimos a la que aparece tallada en relieve, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergamena, y se encuentra ahora depositada en el *Pergamon Museum* de Berlín. La enseña, como otras de las armas representadas, podría ser del ejército atálida, sin embargo, su parecido con la enseña reproducida en el relieve celtoitálico de Bormio, en el norte de Italia, hace que pueda plantearse la hipótesis de que se trate de una enseña capturada a los gálatas... aunque cómo éstos ya llevaban

³⁰ Ver Devine (1989:32-33).

³¹ Anderson (1970:83).

³² Karunanithy (2006).

³³ Reinach s.v. *signa*, 1309.

³⁴ *Ibidem* (2006, p. 5, Fig. 1)

³⁵ *exercitu vero Pyrrhi XX milia prostrata sunt. regis signa ablata LIII, Romanorum undecim amissa sunt*

tiempo moviéndose por territorio macedonio y griego, la transmisión bien pudiera haber sido la inversa.



Figura 9. A la izquierda, posible enseña tallada, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergamena. Museo de Berlín. Podría tratarse de un estandarte celta capturado, ya que en un relieve celta del s. III a.C. hallado en Bormio (norte de Italia) aparece un guerrero con una enseña relativamente similar. Museo de Pérgamo (Berlín) (foto del autor).

Los estandartes de Cartago

Los cartagineses –que al menos desde la Primera Guerra Púnica a mediados del s. III a.C. recibieron una fuerte influencia militar griega, ‘importando’ incluso generales como Jantipo–, probablemente emplearon también estandartes, según se aprecia en la llamada estela ‘del Marte Púnico’,³⁶ imagen fragmentaria hallada en el llamado ‘*tofet* de Salambó’ y datable entre los siglos IV-III a.C., que presenta un jinete a la izquierda con casco (quizá del tipo ‘Montefortino’ aunque la figura es demasiado esquemática para asegurarlo) y una enseña sobre el hombro, inclinada, con corbatas de tela, aunque recientemente M. Fantar, que tiende a identificar ésta y otras imágenes como posibles representaciones de una divinidad de carácter guerrera, quizá el mismo Eshmun, afirma sobre el objeto que es ‘*un motivo cuya significación precisa requiere investigación*’.

³⁶ Ver ilustración de la estela en Fantar (2001:141).

Un estandarte de aspecto similar, identificado con un ‘caduceo con disco y creciente lunar’³⁷ aparece sobre la cubierta, cerca de la proa de un barco de guerra en una estela del *tophet* de Cartago.³⁸ Stefano Medas considera sin embargo³⁹ que es un estandarte propio de la nave con carácter de mascarón, apotropaico, similar al pateco que según Heródoto (3,37,2) protegía las naves fenicias. La similitud con el estandarte del ‘Marte púnico’, sin embargo, permitiría otra identificación como posible estandarte militar, quizá de carácter divino/nacional. Frontino (*Strat.* 4,7,13) menciona que Marco Porcio Catón capturó al abordaje en una ocasión barcos cartagineses y, distribuyó entre sus hombres las armas e insignias capturadas, para con ellas engañar a los enemigos y hundirles más barcos.⁴⁰



Figura 10. Cartago. Estandarte de disco y creciente cerca de la proa de un barco de guerra cartaginés. Sobre una estela del *tophet* de Cartago. Un jinete con casco representado en otra estela, el llamado ‘Marte púnico’ porta una enseña similar. Hacia el s. III a.C. (según *I Fenici*, 1988).

Enseñas de los bárbaros de Occidente

También los pueblos ‘bárbaros’ de Occidente utilizaron las enseñas militares. Las fuentes literarias romanas, y en especial Tito Livio (por ejemplo

³⁷ En principio el término caduceo, de origen griego (*kerykeion*) es una vara de olivo adornada con guirnaldas, que llevaban los heraldos y emisarios. Al ser Hermes/Mercurio el mensajero de los dioses, se le atribuyó el caduceo. Las alas y serpientes que adornan el caduceo en determinadas representaciones aluden a un episodio de la vida de este dios. Pero en sentido lato el caduceo es una vara de heraldo ornamentada.

³⁸ Moscati (ed.) *I Fenici* (1988:558, dibujo de la pieza entera); Medas (2000:Fig., 52, foto de detalle).

³⁹ Medas (2000:147)

⁴⁰ “*cum in classem hostium transiluisset, disturbatis ex ea Poenis eorumque armis et insignibus inter suos distributis multas naves hostium, quos sociale habitu fefellerat, mersit*”.

25, 33; 29, 2; 31, 49, 7; 34, 20; 39,31,14; 40,33,4-6), citan específicamente en varias ocasiones los *signa militaria* empleados en batalla por los Iberos o Celtíberos, o capturados a los Celtíberos.⁴¹ Las fuentes atribuyen a las insignias celtibéricas e ibéricas funciones similares a las ya mencionadas, especialmente como punto de referencia y reunión en la batalla: “*la misma circunstancia que les impidió resistir y entablar combate –el hecho de no marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las enseñas- fue la salvación para una gran parte por medio de la huida...*” (Livio 40,33, trad. J.A. Villar); e incluso tropas veteranas son capaces de deducir, por las oscilaciones de las enseñas en la lejanía, la indecisión de una tropa desmoralizada; fue el caso de la gran batalla del 205 a.C. en que los ilergetes de Indíbil fueron vencidos, y sus líneas estandartes comenzaron a oscilar, signo de que los hombres vacilaban, la moral caía y la línea flaqueaba (*fluctuantia signa*, Livio 29,2).

No sabemos el aspecto que tuvieron estos estandartes prerromanos, pese a que se han querido interpretar como insignias de caballería celtibérica –*signa equitum*– algunas piezas celtibéricas en forma de doble prótomo o cabeza de caballo,⁴² que a nuestro modo de ver son demasiado pequeñas –en torno a los 10-13 cm. de alto- y demasiado minuciosas en su decoración en miniatura como para ser enseñas militares. Además, el ejemplar hallado en Numancia todavía con su astil de madera de 150 cm.⁴³ apunta más hacia un báculo, cetro o bastón⁴⁴ que a un estandarte de caballería que ha de ser llevado en alto para ser visible. Probablemente nos hallamos pues ante ‘insignias de rango (cetros)’, o bastones ceremoniales como los mencionados por Apiano: “*Los nergobirgenses... enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo [kerukeion] y solicitaron el perdón...*” (Apiano, *Iber.* 48, trad. A. Sancho). En fechas muy recientes se ha demostrado brillantemente⁴⁵ que el famoso jinete de La Bastida de les Alcuses no es un exvoto sino que forma parte de una serie creciente de remates en forma de jinetes armados de muy pequeño tamaño –menores incluso que los celtibéricos-; a partir de ello se ha propuesto que, como en el caso de la Celtiberia, estas pequeñas figuritas sean parte de *signa equitum*. Como en el caso anterior, no creemos en el carácter de ‘enseña’ o estandarte de estas piezas, sino más bien en su función como vara o bastón ceremonial, *signum* en el sentido amplio y no estricto de la palabra, y desde luego a nuestro juicio sin las diversas funciones militares que hemos resumido antes.

⁴¹ Los trabajos más completos y detallados sobre esta cuestión son los de Pastor Exiarch (1998 y 2004). Ver además Almagro, Torres (1999:96 ss.) y Almagro (1997).

⁴² Almagro, Lorrio (1997)

⁴³ Méliida *et al.* (1924, 30, lám. 8.1)

⁴⁴ *Pro* Pastor (1998:39; 2004:1472); Jimeno *et al.* 2004:167-170).

⁴⁵ Lorrio, Almagro (2004-2005).

Enorme dificultad –por no hablar de la cuestión cronológica y de los préstamos iconográficos romanos- encierra la identificación de estandartes en el diminuto campo iconográfico de las monedas peninsulares, pero no cabe duda de la aparición de algunos, como el cuadrúpedo sobre un astil de la ceca de *Kurukuruatin*⁴⁶ –probablemente más romano que indígena y más francesa que peninsular- o la figura menos identificable (que recuerda a los estandartes púnicos, quizá caduceos también, pero que podría ser un caduceo o bastón) en las de *Seteiskan*.⁴⁷ No creemos que pueda identificarse como estandarte el ave de *Sekaisa*.⁴⁸

Varios relieves y acuñaciones monetales de pueblos galos muestran también portaestandartes, y su existencia queda confirmada por un texto de César referido a los carnutos, quienes juraban ante sus estandartes militares, ceremonia que suponía establecer el más sagrado de los compromisos: “*Los Carnutos declaran... y exigen que se les haga promesa y juramento solemne ante los estandartes militares –modo en el que hacen sus ceremonias más sagradas- que no serán abandonados por el resto de los Galos cuando comiencen la guerra*”.⁴⁹ (*Bell. Gal.* 7, 2).



Figura 11. Portaestandarte celta con gran escudo y casco de tipo Negau sosteniendo un estandarte. Estela hallada en Bormio (norte de Italia). Siglos V-III a.C. Museo Civico de Como.

⁴⁶ Guadán (1979:81 y Fig. 34). Pero la insignia puede ser más romana que indígena. Villaronga además no lo considera un topónimo sino un *np*, y ubica la ceca definitivamente entre las acuñaciones de la Narbonense, en concreto del Hérault Occidental (Villaronga 1994:439) con fecha –discutible, podría ser posterior– de finales del s. II a.C.

⁴⁷ Muy discutible, quizá sea un cetro o bastón (así, Guadán 1979:87-88 y Fig. 42). *Contra*, argumentando una inexistente ‘casi unanimidad’, Pastor (2004:1446-1448).

⁴⁸ Discusión en Pastor (1004:1450 ss.).

⁴⁹ *petunt, collatis militaribus signis, quo more eorum gravissima caerimonia continetur, ne facto initio belli ab reliquis deserantur...*